

DESDE NUEVA YORK

El militarismo en el Cine

por GIL PEREZ

Ustedes creerán que el ir al cine en Nueva York es una cosa fácil. Si es así, están en un error. Aquí, para poder ver una película que en la mayoría de los casos resulta mediocre, hay que hacer una serie de operaciones complicadas, todas bajo una organización militar perfecta.

Lo primero que hace falta, como es natural, es sacar el billete. Pues bien, para esta operación sencillísima hay que guardar "cola" o ponerse en fila de dos en fondo, vigilados los futuros espectadores por tres o cuatro porteros imponentemente uniformados y tiesos como un huso, llenos de galones, botones dorados, charreteras, cordones de colores, franjas de cuatro dedos en los pantalones, y que con aire autoritario y con voz cavernosa gritan:

—¡Tengan el dinero preparado!
—¡No se salgan de la fila!

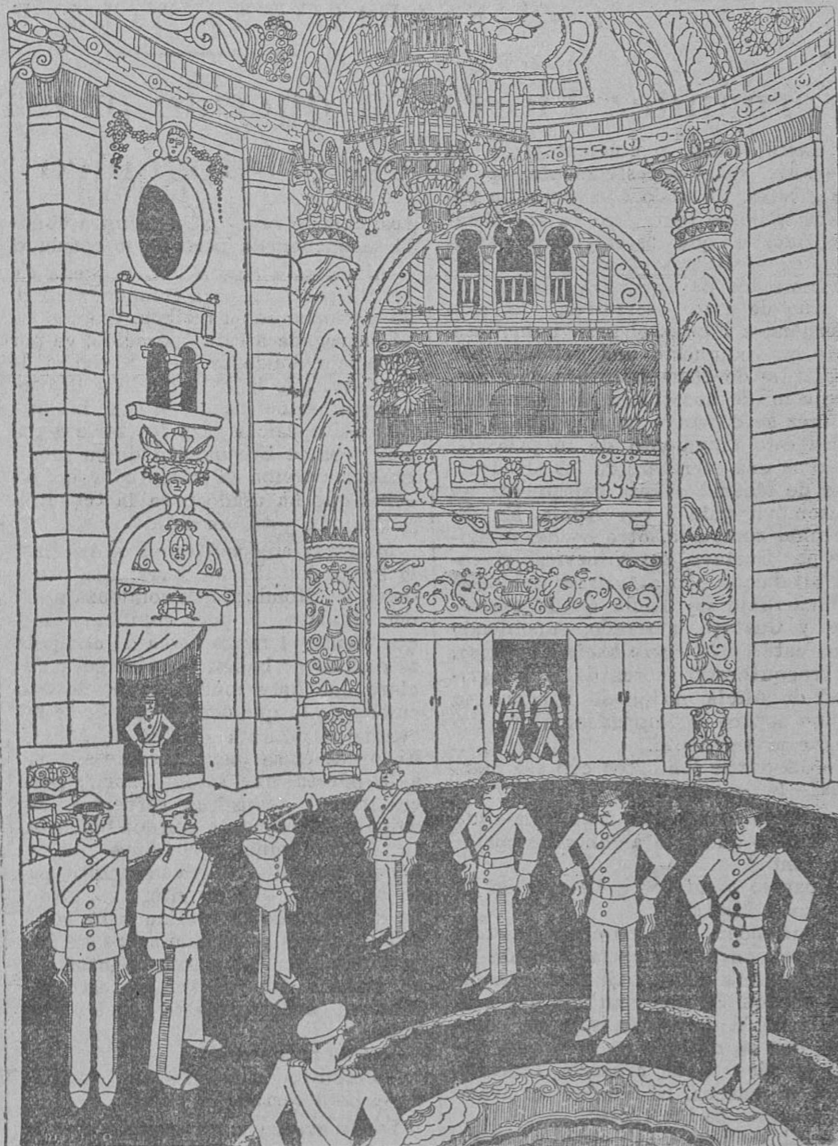
Después de una larga espera, se llega a la taquilla. Al comprar el billete, el cambio lo devuelven con gran estrépito por una especie de tobogán metálico.

En el "hall", tres empleados uniformados, de abombado torso y con cintura de avispa, dirigen la circulación y van indicando secamente por dónde se puede entrar.

—¡A la derecha! ¡A la izquierda!



Emil Jannings



Se llega a la sala. En el escenario una señorita canta una canción sentimental. Inmediatamente, cuatro o cinco rígidos empleados, ordenan silencio con voz susurrante, pero enérgica. Hay que aguardar a que la artista termine de cantar. Cuando ha terminado, el público, en aborregada masa, se dirige a la caza y captura de asiento. Las localidades no están numeradas.

Los empleados de uniforme, con linterna en la mano, surgen de todas partes, ordenando al público dónde tiene que sentarse.

Durante la representación, un órgano lanza formidables trompetazos. Otras veces, la orquesta, también uniformada, interpreta música clásica.

La función termina. El público desaloja el local.

De pronto, en el "hall" inmenso, suena un clarín. Por diferentes puertas aparecen los acomodadores y empleados, de dos en dos en fondo, y llevando el paso. Uno, dos, tres, cuatro.

En el centro del "hall", el jefe de

acomodadores, con muchos más galones y entorchados, se pasea majestuoso e imponente.

Por fin todos quedan en perfecta formación. Se alinean. Se numeran. Una fila da un paso al frente. Evolucionan y la voz de mando del jefe retumba sonora.

—¡Media vuelta a la derecha!
¡March!

—¡De frente! ¡March!

El clarín vibra en una larga nota y los empleados desaparecen en perfecta formación.

Poco después y por la puerta de "solamente para empleados", salen todos, democráticamente vestidos de civiles... Cruzan la calle. Un policía, todo vestido de negro, se encara con el jefe de acomodadores y le echa una reprimenda terrible por haber cruzado de una a otra esquina en sentido diagonal... El portero, muy azarado, agacha la cabeza y se queda reducido a la más mínima expresión...

—¡Oh, mágico poder del uniforme!

CONFESIONES DE ARTISTAS

Laura la Plante refiere su tardía luna de miel

Laura La Plante, la bellísima esposa de "Bill"—William Seiter—tuvo que retrasar un año su luna de miel, a causa de su contrato con la Universal. De regreso, al fin, ha referido sus impresiones a una dama periodista—Mary Bartol—quien las transcribe así:

—Estábamos sentadas en el suelo ante un mapa de las islas Hawai.

—Este es el Océano—dijo Laura, alisando el mapa sobre la alfombra de su salón—. Por aquí se cruzó nuestro barco con el City of Los Angeles, de regreso a California. Bill filmó la pasada de ese barco.

—"Bill" es William Seiter, el marido de Laura. Cuando se casaron, hace un año, Laura estaba forzada por su contrato con Universal a permanecer en Hollywood durante seis meses más, obligándola a posponer su luna de miel. Terminado el plazo Laura y su marido hicieron viaje a Honolulu.

Nuestra entrevista no parecía progresar como yo deseaba. Comencé a desanimarme. ¿No habría tenido éxito esa tardía luna de miel?

Sonó el teléfono y la doncella anunció a Mr. Seiter.

Después de cinco minutos de ausencia, Laura volvió a su sitio sobre la alfombra y dijo con sonrisa amuchachada:

—Bill me habló de nuestro viaje a Honolulu y me preguntó si me gustaría estar allá todavía.

—¿Y bien?—interrogué.

—¡Oh, sería una delicia!—exclamó Laura—. Me divertí muchísimo; pero no hice ninguna de las cosas que todos me predijeron que haría.

Esto último apagó mi curiosidad.

—No fui a Kilauea—continuó—. No vi la colonia de leprosos. No comí las viandas indígenas. No vi ningún tiburón.

Hubo una pausa.

—Tal vez sabrá usted que yo comencé a trabajar a la edad de quince años—continuó Laura—. Desde entonces no he tenido vacaciones ni descansos. He visto a otras chicas salir a vacaciones y las he envidiado. Las he visto dirigiéndose a jugar al "tennis" y "golf" yo lo mismo. De vez en cuando me tocó día tras día, y he ansiado poder hacer salir en "loación"; eso es lo más semejante a vacaciones que he tenido. Uno que otro domingo, naturalmente, iba a la playa; pero eso no es vacaciones.

Dos o tres veces fui a San Francisco para hacer apariciones en persona. El año pasado, antes de casarme, fui a Nueva York. Anhelaba ver a Nueva York y divertirme a mis anchas. Sin embargo, eso no fue posible. Tuve que asistir a tes, almuerzos y teatros, sufrir docenas de entrevistas y posar para centenares de fotografías. Fue sorprendente, es verdad; pero yo había ansiado gozar de la ciudad con libertad.

De súbito, Laura calló. El encantamiento que la había hecho revelar su secreto estaba disuelto.

Ahora entrábamos de lleno en el viaje. Laura trazó con el dedo en el mapa la

ruta del navio hacia la bahía de Honolulu. Al pasar Diamond Head la población entera salió a recibirnos en balsas. La banda de músicos tocaba quejumbrosa sonata; muchachos cobrizos se zambullían desde lo alto de las rocas.

—Todo la Cámara de Comercio de Los Angeles iba a bordo del "City of Honolulu" para celebrar el primer viaje del barco. Por esta razón, nuestra llegada despertó notable animación.

Bill decía que la causa del regocijo general era que ese día celebraba su cumpleaños. ¡Curiosa coincidencia! La primera vez que fui a Honolulu, hace tres años, llegó el día de mi natalicio.

—No hubo oportunidad para holganza y diversión en ese primer viaje—recordó Laura.

Me expliqué ahora la razón de haber escogido las islas Hawai para su luna de miel.

—Pearl Harbor es hermoso, y las islas estaban maravillosas con tantas flores nacientes—continuó Laura con entusiasmo.

El Royal Hawaiian Hotel había reservado para la pareja las mejores habitaciones; pero a pesar de eso, los huéspedes del hotel no tuvieron muchas ocasiones de verlos.

Laura se entregó en seguida a una colorida descripción del deporte de las planchas de Hawai y otros peligrosos juegos de Waikiki.

Es sorprendente ver una joven como Laura, tan rubia, blanca y delicada, amante de estos deportes que requieren el vigor y el valor de un hombre. Expuestas al sol, sus carnes en vez de quemarse, como es de esperar en una persona de cuerpo tan blanco, han tomado un color bronceado y lustroso.

—¡Pobre Bill!—exclamó Laura entre risueña y compasiva—. Se quemó terriblemente. Se ha despelado del todo, seis veces consecutivas. Yo no me despelé ni una vez.

Bill me filmó deslizándome en una plancha. No salieron muy buenas al principio porque no podía erguirme y mantenerme así bastante tiempo sin ayuda de otro. Pero antes de regresar ya podía hacerlo—agregó triunfante.



Clara Bow

Los nueve días que pasaron en Honolulu, fueron nueve días de felicidad completa.

La joven que jamás había gozado de vacaciones pudo allí resarcirse a su gusto.

—¡Las noches son divinas!—exclamó Laura entusiasmada—. El perfume de las flores llena el ambiente. El aire es tibio, pero agradable. A la luz de la luna, la playa parece una banda de plata.

Una noche de luna llena, los muchachos nativos de la orquesta se sentaron a tocar en el malecón enfrente del Hotel Moana.

Vimos un arco lunar. Eran las dos de la mañana; Bill y yo habíamos permanecido sentados mirando la luna y escuchando las melodías de la pequeña orquesta. De pronto, Bill me tomó del brazo y gritó:

—¡Mira!

Formando un inmenso círculo luminoso en el cielo, se veía el arco lunar.

Después de algunos minutos, el blanco arco empezó a colorearse, hasta tomar los colores del arco-iris. Imagínese la hermosura de este espectáculo, en medio del canto melodioso de los muchachos.

La voz de Laura se enrojeció un poco. Al cabo de un momento de pausa, se echó atrás un bucle dorado y prosiguió:

—Sentimos tener que pensar en nuestro regreso. Pero, un contrato es un contrato.

Esto me hizo pensar que Laura ha llegado a la esfera en que su trabajo en el cine es el asunto de suprema importancia en su vida.

Laura se levantó de la alfombra y me invitó a que fuese a admirar los regalos que trajo de Hawai.

Había canastos de mimbre hechos a mano; cuentas y collares de semillas, hermosamente laboradas y pintadas con lacre; abanicos; bordados y tejidos; un tomo de versos, y cuadros, una profusión de cuadros.

—¡Todos los que conocimos se nos mostraron tan amables y generosos!—exclamó la rubia, extasiada ante sus regalos—. No parecía sino que todos éramos una misma familia, y que Bill y yo éramos los hijos predilectos. No querían por ningún modo dejarnos partir.

Ya no necesitábamos regresar a la alfombra para figurarnos el Océano Pacífico. La historia del viaje de luna de miel había terminado.

—Como usted ve—continuó Laura—no hicimos nada excitante; excepto deslizarnos en las planchas de playa. Hasta los aviadores llegaron después de nuestra partida.

Cuando el "City of Honolulu" rompió las amarras, Laura no pudo contener la emoción de la despedida; sintió un nudo en la garganta y rompió en llanto.

La tardía luna de miel había terminado.

DICE WELFORD BEATON

“La pequeña vendedora” es una gran película

«La pequeña vendedora», de Mary Pickford, tiene un argumento digno de ocupar un lugar entre los más hermosos que se han presentado en la escena, la interpretación es soberbia, y es una de las películas mejor dirigidas del año. Por primera vez hemos visto a Mary Pickford en una verosímil historia de amor, y si sus millones de admiradores, repartidos en el mundo entero, no saludan esta obra como la mejor de las suyas, me sorprenderá mucho—dice el crítico americano Welford Beaton—. Y continúa:

Personalmente tengo la opinión de que «Gorriones» es la obra más fina que ha presentado, pero no es de la clase de películas que sus amigos esperan de ella. «La pequeña vendedora» es una película de Mary Pickford, en la que hace una magnífica creación. Sobre todo en una de las escenas llega a una altura en la que nunca la hemos visto; su patético intento de desilusionar al hombre a quien ama y de quien es amada, es una de las cosas más hermosas que la cinematografía nos ha dado. Cuando con el corazón roto, surte a través de sus lágrimas, crea una de esas escenas emocionantes que sólo una gran artista consigue hacerlas convincentes. Mary está en ellas sencillamente soberbia.

Uno de los momentos exquisitos de la obra, es cuando en su confesión final dice que su voluntad no ha po-

dido vencer a su amor... cuando sus hombros se abaten, su sonrisa se desvanece y cae en los brazos de su bien amado. Es una escena que causará siempre honda emoción entre los espectadores. Y al mismo tiempo «La pequeña vendedora» provocará más carcajadas que ninguna otra de Mary, pues está llena de deliciosas comicidad y no hay ninguna de esas escenas sin sentido, que tanto molestan al público.

La dirección de Sam Taylor está basada en la idea de que el público es inteligente, y por lo tanto esta película le valdrá el ser conocido como uno de los directores más diestros de que disponemos; ha llenado esta película con detalles que la hacen una de las mejores dirigidas que he visto.

La primera escena donde se nos muestra el interior de una tienda de «todo a cinco y diez céntimos», es particularmente efectivista. Primero, sólo vemos una caja registradora, anotando sus ingresos de nickel y cobre, después, poco a poco va saliendo el mostrador, y, finalmente, se agranda la fotografía hasta mostrarnos el almacén completo. Taylor, diestramente, ha alterado la costumbre de abrir de un sólo golpe.

Las escenas del almacén, lo mismo que las de las calles y otras en las que figuran muchas personas, están desarrolladas perfectamente, sosteniéndolas llenas de atractivos y sin sustraer la atención del espectador de los principales personajes. Taylor hace de esta obra una comedia hermosa, original y tierna, dirigida en todo momento con absoluta perfección. La interpretación de Mary, demuestra su satisfacción por trabajar con su director, y Taylor debe haber sido feliz trabajando con semejante artista y semejante elenco.

Charles Rogers, principal intérprete masculino, se dará a conocer en esta obra.

Trabaja con una alegría tan expansiva, que todo el auditorio se sentirá contagiado; en sus movimientos no hay nada de violento, y lo mismo que Taylor, está siempre bien, tanto en las pasajes cómicos como en los dramáticos. Es un muchacho de agradable aspecto, que logra que el papel que



Greta Garbo

interpreta, sea de esos que todos los públicos admiran.

Todo el elenco, sin excepción, trabaja admirablemente; no hay ni el más pequeño detalle que no esté interpretado perfectamente. Lucien Littlefield hace un cartero delicioso, siendo ésta una de sus mejores creaciones. Sunshine Hart y Carmelita Geraghty, también crean excelentes caracterizaciones.

RUT LEE TAYLOR

La rubia que prefieren los caballeros

Ruth Lee Taylor, ha sido escogida entre una serie de candidatas, para desempeñar el papel de protagonista en la película «Lorelei», adaptación de una novela de la Anita Loos, titulada «Los caballeros les prefieren rubias».

Esta artista, conocida entre los cineastas por «la rubia de Mack Sennett», ingresó en el Estudio de éste para desempeñar un papel de protagonista con Harry Longdon, lo que no llevó a efecto.

Pero no impidió, empero, que la gentil muchacha obtuviera ventajosas condiciones y un magnífico contrato para muchos años.

Reemplazó a Phyllis Haver, actualmente actriz de Cecil B. de Mille, y «filmó» al lado de Ben Turpin (el hombre de las «niñas» extraviadas). Durante su carrera, al lado de Mack Sennett, ha desempeñado diferentes papeles, todos ellos con acierto, distinguiéndose sobre todo en los de «vampiresas».

En la última comedia de Mack Sennett, titulada «En el colegio», la perfecta rubia desempeña un papel de niña contenta, enteramente risueña, que llega a contagiar al público y hacerle compartir su alegría, manifestándose en espontáneas carcajadas.



Charles Farrell

LOS ESCRITORES Y LA PANTALLA

Fernández Flórez ha querido probar si su humorismo era “fotogénico”

Hasta ahora, el cinematógrafo ha pensado, acaso excesivamente, en los escritores, llevando a la pantalla novelas y obras teatrales. Ya era tiempo, pues, de que los escritores pensaran en el cinematógrafo y le dieran argumentos de «primera mano».

Uno de estos escritores, ha sido Fernández Flórez, el gran humorista, que ha compuesto una película, con el título de «Una aventura de cine». De cómo el humorismo de Fernández Flórez se conserva en la pantalla, da idea este fragmento de su película:

«Por una carretera de los alrededores de Madrid avanza velozmente un automóvil guiado por Alicia. En dirección contraria, otro coche, dirigido por Gustavo, sufre inevitablemente el choque con el primer vehículo. El carruaje de Alicia queda averiado, y Gustavo, aterrado, suponiendo una catástrofe, corre hacia el «auto», y tranquilizado acerca de la integridad de Alicia, no puede reprimir su enojo contra la imprudencia que dió lugar al accidente.

—¿A dónde iba usted con esa marcha?—la reprende.

—¿Cree usted—responde ella—que si tuviese que ir a algún sitio correría tanto?

Gustavo se ofrece a llevarla en su «auto» a Madrid.

Emprenden la marcha, guiando Gustavo, cuya prudencia habitual se extrema más ahora, bajo la impresión del choque. De una casa que hay a la orilla de la carretera, sale un hombre, que se detiene en el borde, como si vacilase en cruzarla. Gustavo para la marcha. El hombre no avanza. Gustavo se incorpora:

—¡Eh!—grita—. ¿Va usted a pasar?

—Usted primero—responde el otro. Y tras una leve insistencia, como si ambos se encontrasen en el umbral de una puerta, el joven continúa.

Más adelante, na gallina picotea en la carretera. Los bocinazos del «auto» no consiguen alejarla de allí. Gustavo se apea, la espanta y vuelve al coche, asegurando que le encogería el corazón deshacer entre las ruedas al pobre animalito. Pero Alicia, cuyo temperamento pugna con todas aquellas meticulosidades, se apodera del volante y es ella la que entra en Madrid con el coche, que conduce hasta su misma casa, un edificio que revela a primera vista la riqueza y el lujo en que la joven vive.

Ya allí, da gracias a Gustavo por su atención, y le invita a asistir a la fiesta que celebrará al siguiente día para conmemorar su cumpleaños.

Cuando el invitado llega a la casa de Alicia, la fiesta está en todo su esplendor. Cesa el baile, se repliegan las parejas, y Gustavo ve al otro lado del amplio salón a Alicia, que conversa con algunos amigos, pero no va a saludarla entonces, porque atravesar el «hall», exponiéndose a las miradas de todos, es muy fuerte hazaña para la atención de la joven con sus ges-

tos, cuando cree que ella mira donde él se encuentra, pero no lo consigue.

Alicia se dirige a una pequeña estancia contigua para componer un rizo deshecho en su melena. Cuando está entregada a esta operación, ve por el espejo donde se mira la figura de Gustavo, que la ha seguido y la contempla embobado en su belleza. Se vuelve Alicia para invitarle a pasar, y en la brusquedad de su movimiento derriba el calentador de alcohol que ha usado para la tenacilla y que aún está encendido.

Mientras ambos jóvenes se saludan, la llama del alcohol derramado prende en la alfombra, que comienza a arder. Gustavo, un poco cohibido aún y que siente el fuego cerca de él, apela al recurso de hablar del tiempo, y declara que hace mucho calor. Se dan cuenta de lo que ocurre cuando se incendia una ligera cortina de encaje. Entonces él se lanza presurosamente a la puerta, que intenta abrir, pero que resiste todos sus esfuerzos. La empuja fuertemente con los hombros, sin éxito alguno, y concluye por esgrimir una silla contra las tablas, para hundirlas. Alicia, mientras tanto, ha desprendido la cortina y ha sofocado el fuego tendiendo sobre las llamas otra alfombra o paño, e interpela al azorado compañero, que está batándose arduamente contra las hojas.

—¿Qué hace usted?

—Procurar salvarnos—le responde—. Está cerrada la puerta.

Y ella avanza y suavemente abre la hoja medio destrozada ya, que gira hacia dentro, y a la que Gustavo, en su desconcierto, quería rebatir hacia fuera.



John Gilbert

El joven, con la silla mutilada aún en las manos, permanece confuso. Cuando se despide, disculpándose, Alicia le dice que es, sin duda, un muchacho simpático, pero que quizá no se entendiesen nunca. Ella ha tenido siempre ideales maravillosos; desprecia la vida vulgar y las gentes vulgares, y le seduce todo lo que es extraordinario. El hombre a quien ella amase tendría que ser un héroe de aventura.

Salte Gustavo de la casa muy preocupado con la belleza de Alicia y por las palabras de ésta durante su conversación en el jardín. ¡Si él pudiese ser ese «héroe de aventura» con el que ella sueña!... Una aventura... pero, ¿dónde encontrarla? ¡Es que en la vida moderna ocurren aventuras fuera de las novelas y de las películas!

En sus tristes meditaciones, Gustavo ha caminado por Madrid sin rumbo fijo y se encuentra en el laberinto de callejas de los Barrios Bajos. El aspecto de un tabernucho, sórdido le hace pensar en las escenas trágicas que han atribuido a tales lugares algunos novelistas.

—Quizá aquí...—se dice.

Y entra.

En la misma silla o taburete donde él se sienta ha estado bebiendo un tratante de ganado, que ha hecho sus operaciones en el Matadero próximo y que lleva muchos billetes en su cartera. Esta cartera le ha caído del bolsillo en la taberna y está bajo la mesa que después ocupa Gustavo.

En el local hay varios hombres mal vestidos, que juegan y beben, algo separados del joven. Uno de ellos, especialmente, tiene una siniestra catadura; tipo de matón y rostro cruzado por una cicatriz. Cuchichean entre sí, comentando la traza elegante del nuevo parroquiano, que espera inútilmente que surja el drama. Al fin, el dependiente que ha mirado a la calle, entra con premura y dice algo al oído del jugador siniestro, que abandona precipitadamente su sitio y mal se esconde tras cualquier mueble.

—¡La policía!—piensa Gustavo.

Pero quien aparece en la puerta, con el ceño airado y los brazos en jarras, es una imponente mujer del pueblo, que en seguida descubre al sujeto en su escondite y se lo lleva a empujones, reprochándole el estar jugando el jornal.

—¿Y esa cicatriz?—pregunta Gustavo al dependiente.

—Se la ha hecho su señora.

Gustavo abandona la taberna. Los obreros que aun quedan ven entonces la cartera en el suelo, creen que es del joven, salen tras de él y se la entregan, aunque él se resiste a cogerla.

—Entre nosotros no hay cuidado—dice uno de ellos—; ni que hubiese usted dejado caer un millón. Somos somatenistas.»



CHARLES CHASE
 El elegante actor cómico del programa Pathé Exchange, rodeado de un apetitoso coro de «girls».

ALICE DAY
 Una excelente actriz que sabe elegir sombrero para poner de relieve sus trenzas de azabache y sus ojos de mora.



El Día Gráfico
JUEVES CINEMATOGRAFICOS

NUM. 38

1927

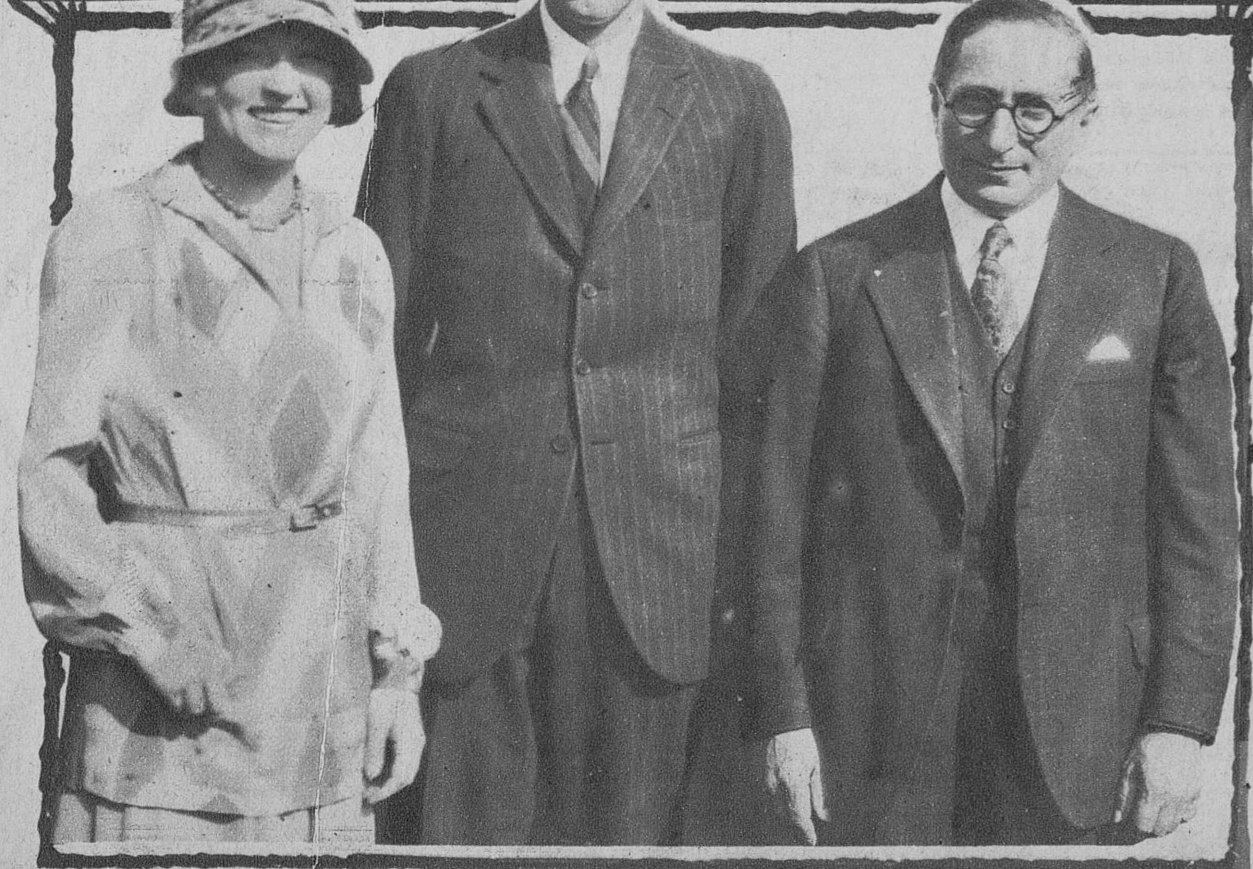
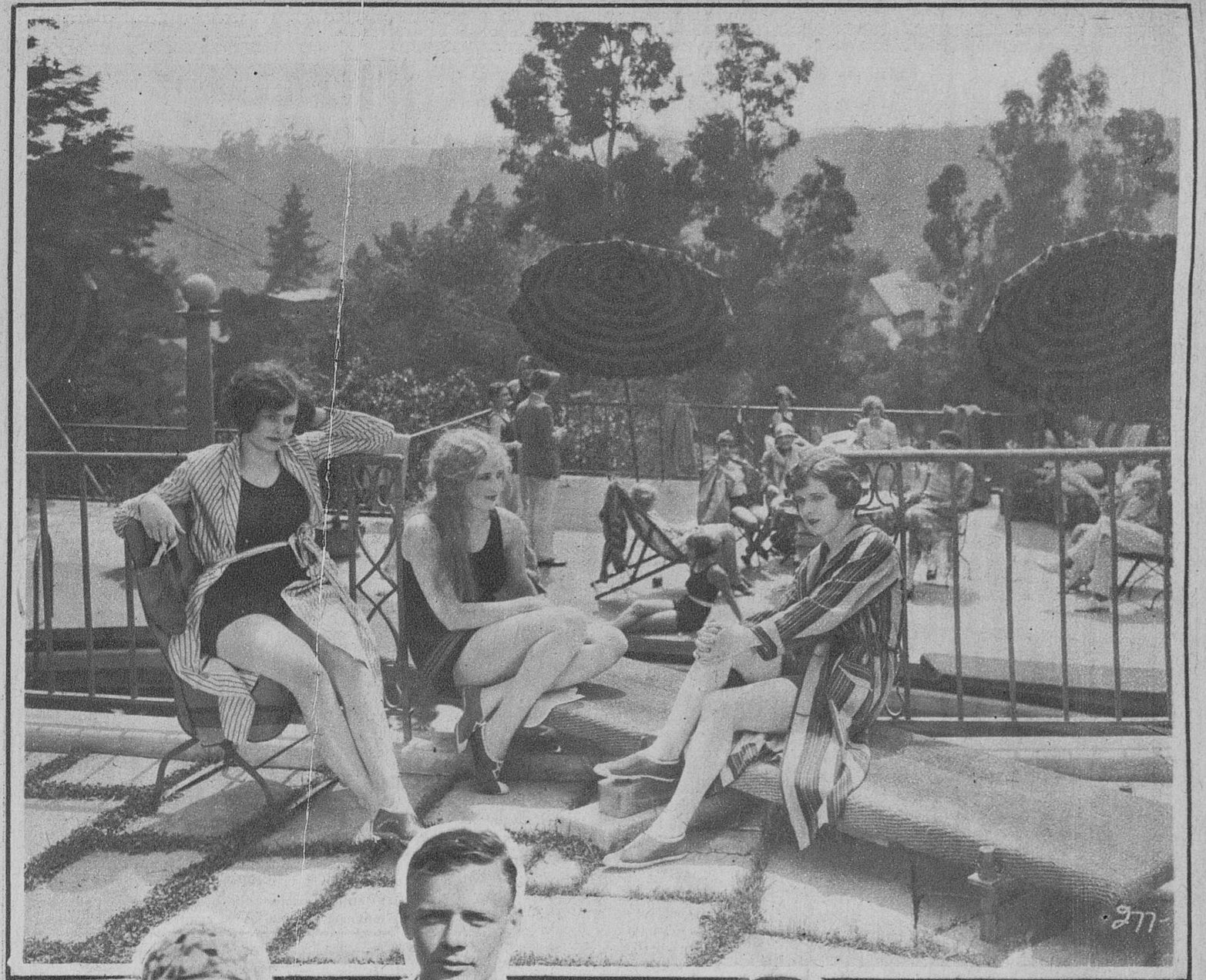
Novbre, 24



ANDREE SAYRE
 Actriz teatral elógida por la First National para un importante papel en la nueva producción británica «Confetti».



DOLORES DEL RIO.—La brillante estrella de la Fox, bajo una mantilla española.



«LOS VENCEDORES DEL FUEGO»

Una escena de esta excelente producción, con May Mo Avey.

LINDBERGH EN CULVER CITY

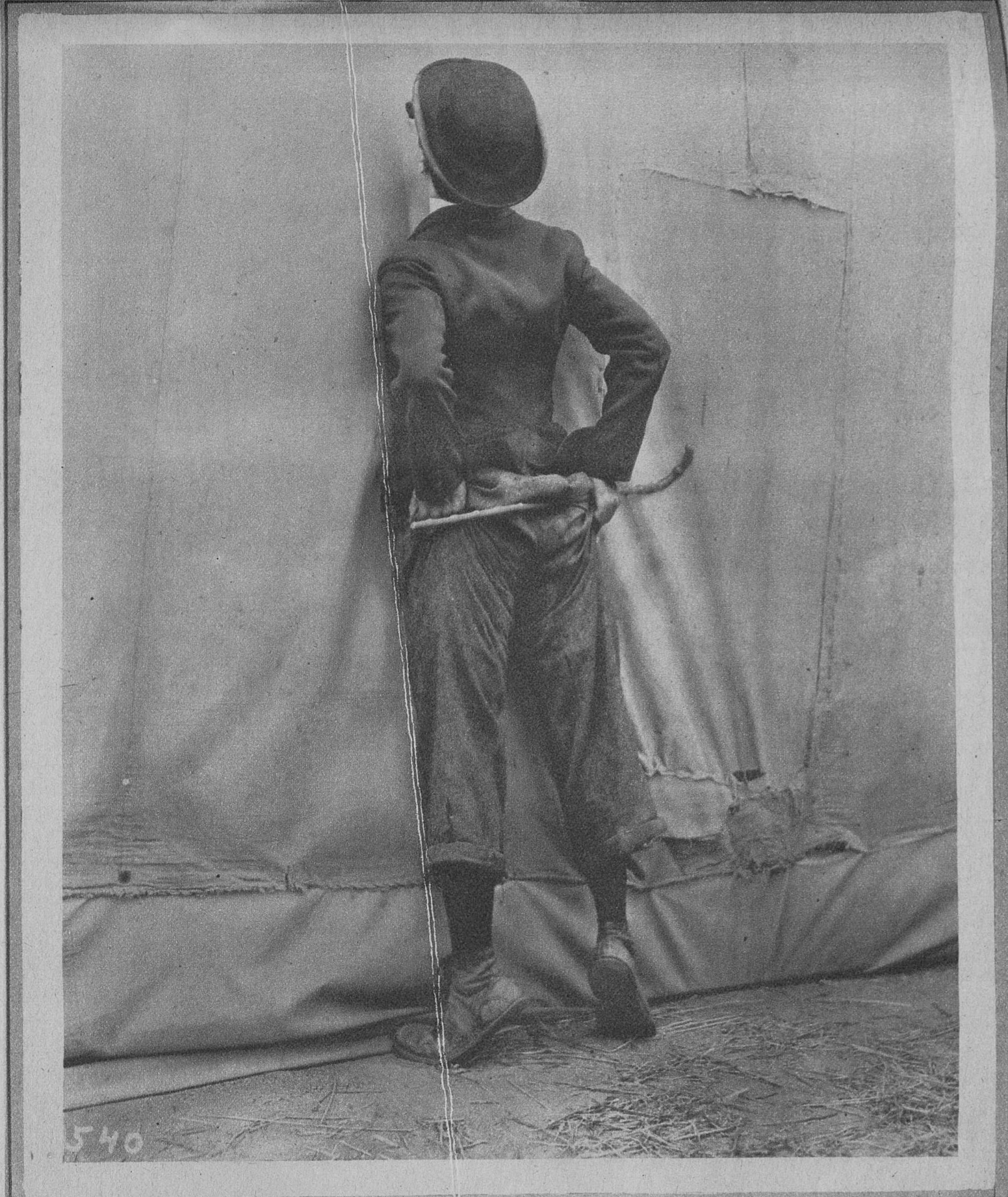
El héroe de la travesía del Atlántico durante su visita a los estudios de la Metro Goldwyn Mayer, entre la bella actriz Marion Davies y el jefe de las producciones Louis B. Mayer.



ANTARO Y HOGARO
 Esta pareja anacrónica se admira en la cinta de la First, titulada «El gavián de los mares». El es Milton Sills y ella Enid Bennet.



SALLY O'NEIL
 La bella irlandesa convertida en un delicioso timonel, que puede conducir a cualquiera a otro continente.



«EL CIRCO»
 Por fin se acerca el estreno de esta película de los «Artistas Asociados», en que Carlos Chaplin renueva sus laureles.

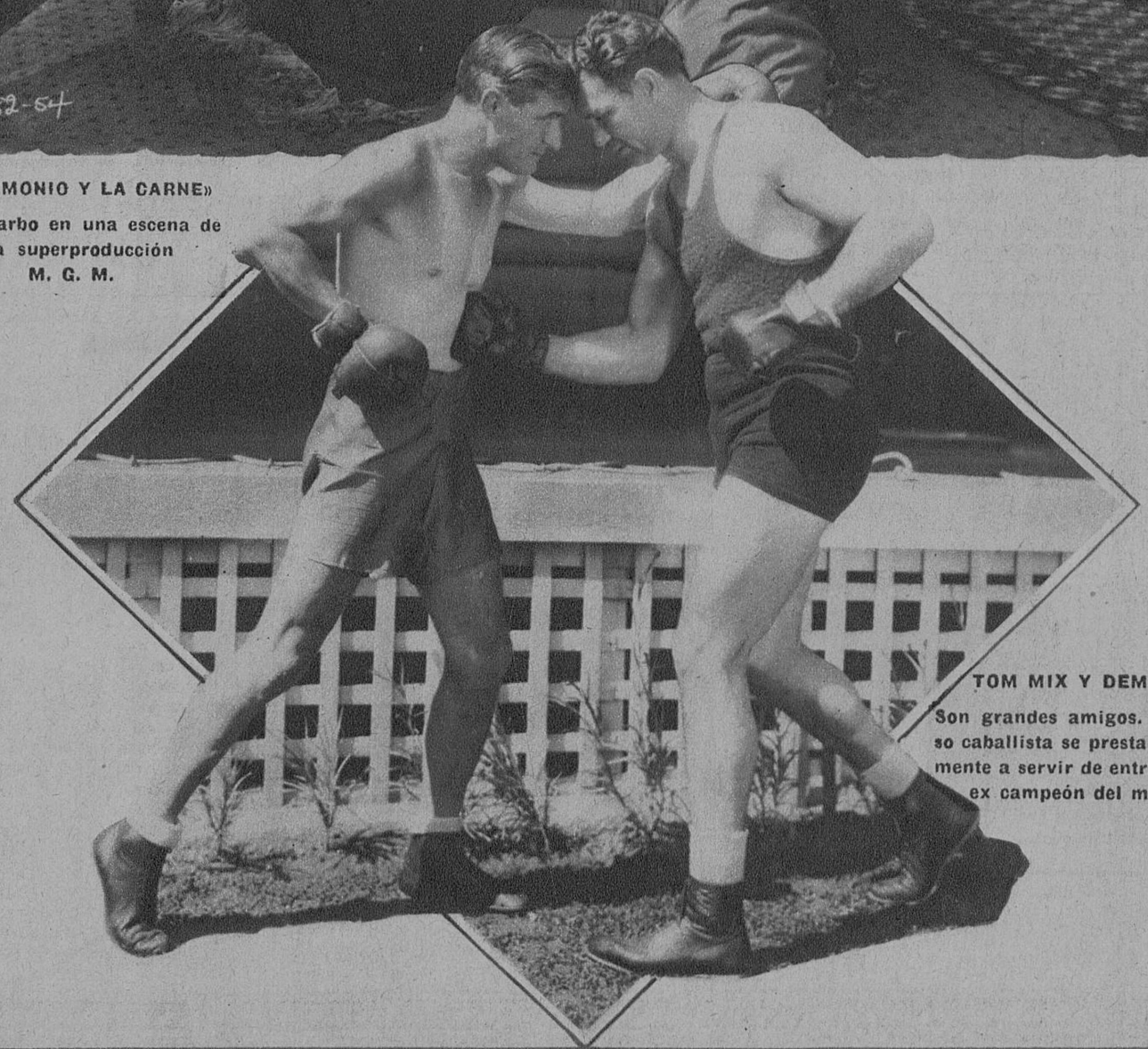
OLIVE BORDEN
LA DELICIOSA ARTISTA DE LA
FOX, MODELO DE PLASTICA, EN
LA FILM «PYJAMAS»



OLIVE BORDEN
EN UNA ESCENA DE «LA CHICA
ALEGRE», QUE SE DESARROLLA EN
UNA PLAYA



«EL DEMONIO Y LA CARNE»
Greta Garbo en una escena de
esta superproducción
M. G. M.



TOM MIX Y DEMPSEY
Son grandes amigos. El famo-
so caballista se presta gustosa-
mente a servir de entrenador al
ex campeón del mundo.

COSAS DE AMÉRICA

Una Universidad para cinematografistas

Los yanquis, que en su afán de crear y aun de innovar (permitásenos la frase), son los amos; y que sacan partido de todo lo que pueden, o por lo menos lo intentan, sin reparar en gastos ni sacrificios, han venido a sorprendernos con una noticia publicada por toda la Prensa profesional americana, que nos ha impresionado sobremediana.

Dichos periódicos publicaron, primero «sotto voce», para terminar a son de bombo y platillos, la noticia de la creación o intento de creación, fiestas, entendiendo por tales a todos fiestas, entendiendo por tales a todos aquellos que directa o indirectamente intervienen en la ejecución o realización de una película, o sean: actores, directores, auxiliares, fotógrafos, electricistas, literatos, etc., etc., y que el novísimo Centro docente, de carácter oficial, estaría, además, subvencionado por las principales casas americanas editoras.

A primera vista, parece una idea descabellada, propia de americanos, a los que con más o menos justicia nos ha dado por atribuir la paternidad de todo lo extravagante que se sale de los moldes naturales, pero si analizamos detenida y friamente el asunto, veremos que no cabe mayor acierto. Es una gran idea digna de tenerse en cuenta y hasta de que la copien las casas europeas.

Los magnates y prohombres de la cinematografía han comprendido, por fin, que muchos de los personajes (me refiero a primeras figuras) que intervienen en la ejecución de un film, estaban las más de las veces completamente vírgenes, en lo que a la parte artística se refiere, y no nos metamos en modales, distinción, educación y otras cosas que no van aparejadas

a la vulgar creencia de que hasta ser «fotogénico» para desempeñar cualquier papel. El objetivo de la cámara es un cuerpo mudo y frío que ni protesta ni reclama; toma lo que le dan: todo lo que está a su alcance, esto es una verdad inconcusa, pero que reproduce tan bien, con tanta exactitud y fidelidad lo que ha tomado con un exceso tan enorme de detalle, que no es posible la admisión de trampas y trucos, que en otro arte (por ejemplo en el teatro), pasan desapercibidos para el público, que atiende más al fondo de la obra que a la forma.

Una de las causas principales que más han obligado a la creación de esta Universidad, ha sido la alarmante invasión de Hollywood por gentes procedentes de las cinco partes del mundo que, atraídas por el espejuelo de los sueldos fabulosos que allí perciben las «estrellas», se han creído—vamos a suponer que de buena fe—que con sólo personarse allí y por la mera exhibición de su «palmito», iban las Empresas a disputárselas encarni-



zadamente y a firmarles contratos fantásticos... y naturalmente, ha sucedido lo que irremisiblemente tenía que suceder habiendo una tan excesiva abundancia de elementos: la oferta ha llegado a ser muy superior a la demanda y los y las que allí fueron con la cabeza henchida de ilusiones, pensando eclipsar a Douglas y a Mary—pongamos por estrellas—tienen actualmente que desempeñar papeles de «extras», si se los dan, después de haber pasado un verdadero calvario, cuando no les ha cabido la desgracia de ir a dar con sus huesos a un hotel o restaurant en calidad de sirvientes, de cocina adentro; pudiendo considerarse éstos todavía muy felices si se les compara con la mayor parte que, vencidos, desilusionados y muerto hasta el último resto de esperanza, han optado por volver a sus lares—que nunca debieron abandonar—las más de las veces repatriados por los cónsules de sus respectivos países, si eran extranjeros, o acogidos el expeditivo procedimiento de la vergonzosa «suscripción» entre los artistas, si eran americanos.

En evitación de lo anteriormente expuesto, y a fin de dar a cada uno lo que le corresponda, es por lo que se funda el Centro docente que nos ocupa, bajo el título de «Motion Picture Academy of Arts And Sciences» que viene a ser, poco más o menos, lo que nuestras «Escuelas de Artes y Oficios», con la adición de la cinematografía, piedra fundamental de la institución.

El plan general de estudios comprende el examen de ingreso, la preparación elemental, equivalente a nuestro grado de Bachiller, y lo que pudieramos llamar la verdadera carrera, o sea: los cursos Universitarios que

dan derecho al título de la especialidad que en el vasto campo cinematográfico se haya elegido.

Las condiciones y requisitos para el ingreso, son poco más o menos las mismas exigidas en cualquier otro Centro docente.

Se estudiarán asignaturas tan importantes como Física y Química (sobre todo en sus ramas de Óptica y Electricidad), Historia del Arte, Arquitectura, Historia Universal, Literatura, etc., etc. y en todos los cursos, gimnasia obligatoria y ejecución de toda clase de deportes: natación, esgrima, boxeo, equitación, etc.

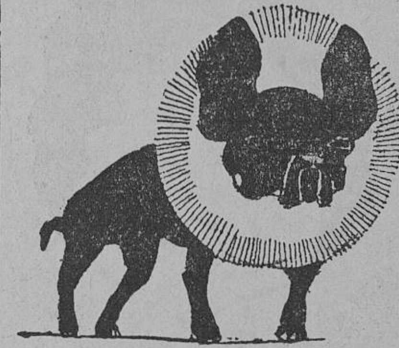
Añádase a todo esto una serie de clases prácticas de ejecución completa de películas y se comprenderá que la idea que a más de un lector haría sonreír burlescamente, es muy digna de tenerse en cuenta y de cristalizar en la realidad que los capitostes del cine se proponen.

Desde cualquier punto de vista que se mire este proyecto, el más obtuso podrá comprender que es un modelo de organización maravilloso, que permitirá a los alumnos recién salidos de su Universidad, cuando se presenten en un Estudio con su flamante título, su admisión será inmediata.

Bastará que el director o gerente echen una ojeada al susodicho título para saber la aplicación que deban dar al titular.

Uno de los promotores que más han contribuido a la ejecución de este gigantesco plan, es el sabio profesor de la Facultad de Ciencias de Chicago, Mr. Milton Sills, quien probablemente está llamado a ser el rector del flamante Centro docente, que estará emplazado según nos dicen, en una población de la baja California.

Esperamos con impaciencia noticias y creemos que no será esto uno de tantos «blufs» como diariamente salen de las Agencias americanas.



'Bon' en Nueva York

Diario de un transeunte neyorkino

«Bon», nuestro gran caricaturista, está ya en Nueva York, y ha publicado sus primeros dibujos, ilustrando un «Diario de un transeunte neyorkino», en las páginas de una de las más importantes revistas norteamericanas escritas en español. He aquí los dibujos de nuestro compatriota, y he aquí, también, el texto que ilustran:

Un día.—En una fonda. Hace calor. A la misma mesa en que como, se ha venido a sentar un señor cascarrabias. Le traen fruta y declara que está pasada; se la cambian y le sirven otro plato que también le disgusta. Su furor va en aumento. Un tenedor no estaba limpio. La camarera trina. Todos le miramos y nos miramos. Por fin, rojo y como a punto de estallar, pide sopa y parece que, definitivamente, eso sí se lo va a comer y nos va a dejar en paz. Pero ¡ay! un comensal que estaba en la mesa inmediata se levanta para marcharse y, al tomar su sombrero de la percha, deja caer otro—un bombín negro y pesado—nada menos que en el centro mismo del potaje que el quisquilloso se disponía a saborear. No sé si nos reímos más del incidente en sí o de la salida como disparo que hizo, inmediatamente, el buen señor.

Otro día.—En esta redacción. Hay una nueva taquígrafa. No llega a los veinticinco años. Lleva al cuello una cadencia de la que cuelga un objeto raro. Curioso, le pregunto qué es.

—Ambar—me informa.

—Nunca lo había visto así.—comento.

—Es natural: yo lo compré en Jericó, durante mi último viaje a Tierra Santa.

Otro.—En casa de un amigo mío, en un suburbio de la metrópoli. Después de la cena, nos sentamos a charlar bajo las estrellas. De pronto, del seno de la noche, en las alturas, se escucha el potente zumbido de un aeroplano y, a poco, una música que también viene de las nubes y que nos deja estupefactos. Todavía no salimos de la sorpresa, cuando recibimos otra mayor: del cielo descendió un vozarrón, que dice «Buenas noches, don Fulano»; «Buenas noches, don Zutano» (Don Zutano es el nombre del amigo en cuya casa estoy). Luego se aclara que todas estas voces nocturnas y aeronáuticas vienen de un avión contratado por la compañía de anuncios para la cual trabaja mi amigo. El piloto, sabiendo que la casa de éste y la de «don Fulano», otro perito en publicidad, están en aquella barriada, les dió un concierto aéreo, con sus correspondientes saludos, y de todo ello participo yo.

Otro.—Está lloviendo y me refugio bajo la marquesina de la entrada de un teatro. Es mi barrio, alejado del centro de Nueva York. Son las cuatro de la

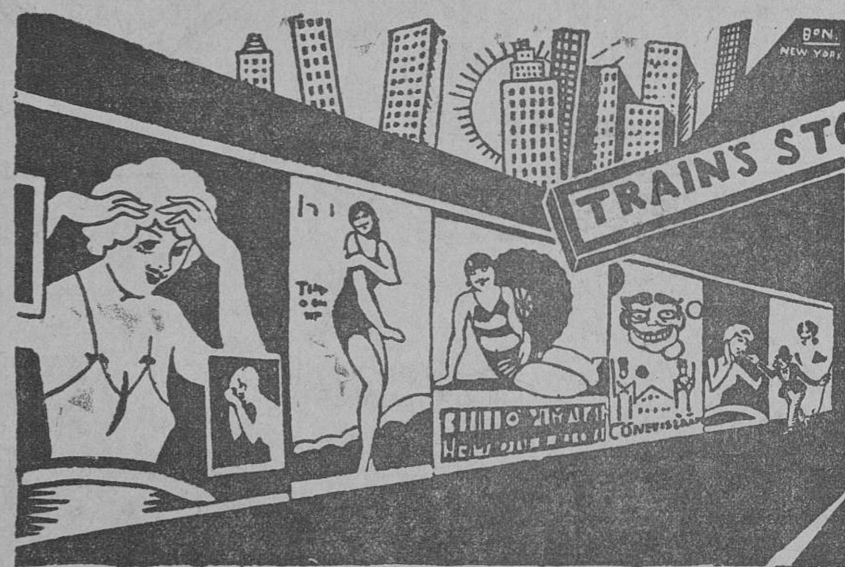
tarde. Me dedico a observar. Aquí se prohíbe que los menores de edad vayan al cine sin compañía de mayores. Pero los mocosos resuelven el problema ofreciendo el dinero que llevan a las personas de edad, cuando ven que éstas se dirigen a la taquilla. Luego, como si fueran de su familia, se meten en su compañía y el vendedor de billetes no parece darse por enterado. Pero para que la pequeña estratagema salga bien los chiquillos tienen que ser buenos psicólogos. Así, estudian la fisonomía de los que se acercan a comprar entradas y, si no les inspira confianza, se abstienen y aguardan a otro. Cuando el aguacero me lleva al lugar donde media docena de menores de edad esperan con sus monedas en la mano, en masa me rodean. Sin duda tengo aspecto bonachón. Les decepciono explicándoles que no voy al cine, sino a esperar que pase el agua. A poco, se presenta una rubia de la vida alegre, como de veinte años, que masca goma y me lanza una descarada mirada. O yo no sé nada de esta clase de rubias, o va a hacer de «mamá» de la pandilla íntegra. En efecto, a su amparo entran todos los mocosos, en parvada. La lluvia arrecia y yo continúo situado frente al cine. Cuatro chiquillos han llegado, entre tanto, a substituir a los que no están dentro. Casi al mismo tiempo, con impermeable y paraguas chorreando, viene una viejecita. Se dispone a comprar su billete, cuando los desarrapados le hacen la acostumbrada proposición. Ella refunfuña, pero extiende la mano y los muchachos entregan sus níqueles. Los cuenta y exclama: «Aquí falta uno». Pánico general. Los «delincuentes» se miran unos

a otros. Recuento. «No, me equivoqué». Y entran todos, sonriendo beatíficamente.

Otro.—Esto no ocurrió en Nueva York, sino en Montreal, a donde un amigo me lleva en auto. En toda la ciudad, no tengo más que un conocido, a quien no he visto hace quince años y que ni siquiera sé si aun vive. Dejamos la máquina frente al hotel; subo a asearme y, antes de comer, decido ir a comprar unas tijeras porque me han dicho que aquí las hay muy buenas (lo cual, entre paréntesis, no es cierto). No he caminado dos calles, cuando recibo una formidable palmada en las espaldas. ¡Es el único conocido, que topa conmigo!

Otro.—Viajo en el subterráneo y no tengo que leer, de modo que me aburro soberanamente y bostezo contemplando los avisos. Frente a mí una «flapper» enseña los muslos, masca goma y devora un diario escandaloso. A su lado, un viejo con aire cansado pretende inútilmente atarse, agachado, los cordones de un zapato. La tarea es lenta e inútil. Lleva lo menos diez minutos de sudores y de esfuerzos, pero los malditos cordones no ceden al manejo de sus dedos reumáticos. De pronto, la muchacha de las pantorrillas al aire, que no parecía haber visto nada, se inclina, aparta las manos del viejo y, en un dos por tres, hace un nítido nudo al zapato rebelde y resuelve el problema. Luego, como si tal cosa, vuelve a su lectura y a su chicle. Conste que eran absolutamente extraños unos al otro.

Otro.—Voy a un hotel a buscar a un amigo que llega de mi tierra. Subo a su cuarto y charlamos largamente. Me ad-



vierte que tiene un compañero de viaje, que habita en el mismo aposento y que es muy bruto. "Se está bañando ahora", me explica. A poco, sale el amigo bruto, en cueros vivos, con la toalla al pescuezo y diciendo maravillado: "Estos americanos son muy grandes. Mire, en el baño, junto a la tina, había polvo de talco". Y se espolvoreaba el cuerpo con lo que salía de la tapa agujereada de una lata. Me lancé a quitársela de las manos, pero ya era tarde: sobre su pellejo de rinoceronte comenzaban a aparecer enormes ronchas. El pote tenía sabe Dios qué poderosas substancias para lavar tinas sucias. Es que hay gentes que toman por talco cuanto polvo sale de una lata con agujeros en la tapa.

Otro.—Un neoyorquino me hace una revelación despanpanante: "Ya sé quién es el que pone bigotes a las muchachas que aparecen en los anuncios de los trenes elevados y subterráneos!" Como este es un problema que siempre ha preocupado no sólo a las compañías ferroviarias, a las de anuncios y a la policía, sino a toda persona afecta a estudiar las aberraciones humanas, contemplo maravillado al autor del descubrimiento y le pido detalles. "Es increíble", me dice, "pero el buen señor tiene unos cincuenta años, usa lentes, lleva panza y pinta los bigotes esos con un lapicero de oro".

Otro.—Aguardo mi tren en una estación cuya plataforma está a dos metros sobre la superficie del río. Generalmente ahí nunca sucede nada; pero hoy, para mi exclusivo entretimiento al parecer, llega una barcaza con aparatos raros y comienzan a ocurrir cosas singulares que culminan en el descenso de un buzo al fondo de las aguas pútridas. Probablemente van a reforzar la plataforma; pero como yo nunca he visto bucear y menos tan cerca de mí, acabo por perder el tren como un idiota.

Otro.—Desde un balcón de mi casa contemplo algo positivamente revelador. En el patio de un bodegón abandonado, una gata y dos gatitos se han quedado prisioneros y maúllan con desesperación. No hay modo de entrar así, ni de izarlos. Pero un buen señor altruista, que es mi vecino, ha ideado arriesgar su

vida para darles de comer. Al efecto, subido en el techo de su casa, realizando equilibrios inverosímiles y en inminente peligro de ir a hacerse tortilla al patio, quince metros más abajo, baja una lata que contiene leche, mediante una cuerda...

Otro.—Estoy comiendo en un "Childs" cuando llega una señora a sentarse a mi lado. Le traen sopa, la prueba, llama a la camarera y le entrega el plato lleno para que lo devuelva a la cocina. Recuerdo el incidente del señor cascarrabias y el bombín y me preparo a la escena. Le traen huevos a la comensal y se los come a medias. Luego, pide café, lo cata y se va con la taza llena en dirección a la cocina. Pido explicaciones y resulta que es una empleada de la "cadena" de fondas de "Childs", que tiene por única tarea el ir de restorán en restorán—de los de la compañía—probando las viandas, para que éstas estén a la altura de las exigencias del público.

Otro.—Hace ocho o diez años, un domingo, fui con un amigo mío al Jardín Zoológico. Mi acompañante llevaba un traje nuevo y una de esas corbatas que parecen calcamónias. Entramos en "la casa de los elefantes" y nos acercamos a ver al hipopótamo, que se veía resoplando de su estanque, en la jaula de gruesos barrotes. En derredor se agrupaban lo menos veinte personas, de toda edad, y condición, nosotros inclusive. De pronto noté que la bestia nos daba la espalda y comenzaba a hacer movimientos sospechosos. Me retiré a tiempo, pero mi amigo y la mayoría de los otros curiosos, recibieron un instante después un baño completo, de color verde y que no olía precisamente a rosas. Mi amigo se fue a su casa por rumbo y -en vehículo totalmente distintos de los que yo tomé. Pasó el tiempo pero, no olvidaba la ocurrencia, la relaté hoy en casa de otro amigo. La esposa de éste que me acababa de ser presentada, apenas comencé mi narración, empezó a reírse, primero tratando de disimular y por fin soltando el trapo. Luego, me explicó: "Yo estaba allí aquella mañana, junto a la jaula. Por cierto que ya han puesto un gran vidrio protector..."

Apoteosis de Ramón Novarro

Como se esperaba, numerosa y selecta concurrencia asistió al baile que desde hace días venía preparando la Sociedad Mutualista Mejicana y que por inconvenientes de última hora no se realizó en el Empire Room, sino en la hermosa terraza llamada «Roof Garden», la cual estaba artísticamente decorada con sarapes y otros objetos típicos mejicanos, ocupando el centro la gran bandera de seda y bordados de oro regalada últimamente a la sociedad por el presidente Calles.

A los sones de una magnífica orquesta se bailaba con todo entusiasmo y las parejas llenaban completamente el amplio salón, cuando a eso de las doce hizo su entrada en el recinto el joven y apuesto actor cinematográfico Ramón Novarro. Todo el mundo se precipitó a su encuentro y hubo que formar en torno suyo una barrera de brazos masculinos para protegerle de las blancas manitas femeninas que se tendían hacia el hermoso galán de la pantalla; en triunfo se le llevó hasta el sitio de honor, donde el presidente de la Sociedad Mutualista Mejicana, señor Gregorio Castillo, con palabras vibrantes, llenas de emoción y de entusiasmo, presentó al actor mejicano, haciendo hincapié en que el triunfo de este artista en el arte cinematográfico, aquí, donde este arte ha llegado a su máximo de perfección, era una demostración convincente de sus altas cualidades artísticas, y cómo la gloria de un mejicano alcanzaba a Méjico, como un laurel depositado a los pies de la Patria. Entre los vivos a Méjico, al actor y a la Sociedad Mutualista Mejicana, se pidió a Novarro que dijera algunas palabras; pero éste protestó que «una de las muchas cosas que no sabía hacer era hablar en público (como que su arte es mudo) y, que prefería bailar». Un gran círculo de brazos se formó en medio del salón, en el centro del cual el protagonista de tantas películas famosas bailó con gracia y elegancia inimitables, con casi todas las muchachas presentes que se disputaban ese placer, pudiendo sólo dar unas cuantas vueltas con cada una, a fin de satisfacerlas a todas.

Una de las simpáticas y emocionadas chiquillas que bailaron con el héroe de «Ben Hur», «A Student Prince in Hildeberg», «El Gran Galeoto» y otras célebres películas, se sintió súbitamente Alice Terry y en un «close up» exclamó: «¡Tú eres mío, y yo soy tuya!» con todo el ardor y naturalidad que podía haber demandado el director más exigente. Otra creyó que había llegado la escena culminante de la producción y adoptó la consabida «pose» para el inevitable beso final. Y no faltaron las coleccionadoras de «souvenirs», sirviendo de tales trozos de solapa del impecable «smoking» del famoso actor, su pañuelo, y a falta de estas piezas más a la mano, una niña audaz trató de iniciar la división de los tirantes del señor Samaniego, con el consiguiente desconcierto de éste.

"SONRIA Y EL MUNDO LE SONREIRA"

Una frase norteamericana que se ve confirmada, en las películas, muy a menudo

«Sonría y el mundo le sonreirá», es una frase muy popular en Norteamérica, y no sólo la usa el vulgo corrientemente, sino que en realidad es el lema de millones de jóvenes que la observan fielmente a través del escarpado y penoso camino del triunfo. Jóvenes que se lanzan al mundo tras un porvenir, con una eterna sonrisa en los labios hacen frente a los difíciles obstáculos que generalmente se encuentran en la escabrosa senda de la vida y con esa misma sonrisa luchan hasta vencerlos y alcanzar, por fin, la meta soñada.

En el cine, se dan de ello ejemplos bien patentes. Ahí tenemos, sin ir más lejos, a George O'Brien, el favorito de todos los públicos y protagonista de muchas admirables películas Fox, entre las que descuellan «Amarecer» y «Gente de guantes», en la que tiene un papel muy apropiado y donde luce, además de su cautivadora sonrisa que tantos admiradores le ha valido, su enorme musculatura, envidia de los amantes del arte de los puños. George O'Brien tiene en «Gente de guantes» el papel de boxeador, y como «manager» lleva nada menos que al inimitable Edmund Lowe, que tanta gloria ha ganado últimamente en su papel de sargento Quirt en «El precio de la Gloria».

Tanto O'Brien como Edmund Lowe, están insuperables en «Gente de guantes» y el asunto, que es sumamente cómico y divertido, les proporciona infinidad de momentos de gran luci-



miento, pues de míseros aspirantes a poseer dólares, pasan a una lujosa residencia de la Quinta Avenida, donde al mismo tiempo que entrenan en el arte del boxeo a un joven de la familia (papel que por cierto interpreta admirablemente el simpático Douglas Fairbanks, hijo) hacen de criados. Cierto día un k. o. pone fuera de combate a O'Brien ante las aristocráticas amistades de la casa y les pone de patitas en la calle a los dos, a él y a Edmund Lowe. Vuelven a su vida miserable, hasta que, al fin, después de muchas graciosas peripecias O'Brien logra salir airoso en un match con un boxeador de nota, y todo se arregla, triunfando el buen humor y la sonrisa.

Otro caso de simpatía es el de Virginia Valli y del mismo George O'Brien en «Erase una vez un príncipe»... donde el tipo varonilmente hermoso, vistiendo elegantes uniformes militares de un país imaginario, destaca entre todos. Virginia Valli no se queda atrás, pues llega a la perfección del contraste cuando la vemos en una tabernucha de apaches y después de gran señora con lujosísimos trajes, comprada por el Rey de Sabona para enamorar a su hijo (O'Brien), el príncipe heredero. También en esta película demuéstrase el antiguo adagio de que con el amor no se juega, y triunfan la gracia y la simpatía. Y ya que es ocasión de mencionarlo, no omitiremos a un gran actor de carácter que tiene la simpatía por arrobas: J. Farrell McDonald, el cual hace una verdadera creación en «Erase una vez un príncipe»... como millonario americano que hace un préstamo a la arruinada corte de Sabona. Los incidentes cómicos a que da lugar su papel no son para descriptos; tal es la «vis» cómica que tienen.

Tal vez no se deba a su sonrisa ni

a su simpatía, pero el hecho es que los artistas que nos ocupan obtienen éxito en cada película, como ha quedado probado con sus incontables triunfos, y son tres figuras que todo el mundo admira y a todo el mundo interesan.

Además, a medida que se va perfeccionando el arte cinematográfico hasta para los más expertos tiene sorpresas la cámara, hoy día. En las películas mencionadas vemos a George O'Brien, a Edmund Lowe y a Virginia Valli desde un punto de vista diferente, puesto que los juegos de luces nos presentan su belleza y atractivos con un esplendor nuevo. Jamás se podría presumir hasta qué punto están bien logradas las escenas de «Gente de guantes» y «Erase una vez un príncipe...» Los artistas se han amoldado de tal modo a los personajes que representan, que cambian de aspecto hasta el punto de parecer desconocidos. Pero siempre, en definitiva, triunfa lo bello, como triunfa la simpatía.

SI A USTED LE INTERESAN LAS FOTOGRAFIAS DE ACTUALIDAD, VEA A DIARIO «EL DIA GRAFICO», QUE LAS PUBLICA

